UNIV. OF ARIZONA
861.6 T693 1926
Torres Bodet, Jaime/Poesias
mn
3 9001 03988 3106

Digitized by the Internet Archive
in 2023 with funding from
Kahle/Austin Foundation

https://archive.org/details/poesias0000jaim

JAIME TORRES BODET

POESIAS

3036 5

COLECCIÓN CONTEMPORÁNEA.—ESPASA-CALPE, S.

ES PROPIEDAD. DERECHOS RESERVADOS.
Copyright, 1926, by Jaime Torres Bodet

Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA

JAIME TORRES BODET

POESIAS

COLECCIÓN CONTEMPORÁNEA — ESPASA-CALPE, S. A.

UNIVERSITY OF ARIZONA
LIBRARY

Talleres ESPASA-CALPE, S. A., Ríos Rosas, 24.—MADRID

8 61.6
T693
1926

LOS POEMAS QUE INTEGRAN ESTA COLECCION HAN SIDO SELECCIONADOS DE LOS SIGUIENTES LIBROS:

«Nuevas Canciones». 1923. Calleja, Edit., Madrid.
«La Casa». 1923. Herrero Hnos., México.
«Los días». 1923. Herrero Hnos., México.
«Poemas». 1924. Herrero Hnos., México.
«Biombo». 1925. Herrero Hnos., México.

30

72330

AMBICION

I

Dame, Señor, la fuerza de un pétalo de rosa
capaz de sostener el perfume de un bosque...

II

Nada más. Poesía,
la más alta clemencia
está en la flor sombría
que da toda su esencia.

No busques otra cosa.
Corta, abrevia, resume;
¡no quieras que la rosa
dé más que su perfume!

De NUEVAS CANCIONES

1923

EN JALAPA

Se ve de Jalapa el mar.
Hasta su villa moruna
llega, trémulo, el cantar
de las riberas del mar
por los hilos de la luna...
¡La brisa peina el cantar!

No dice profundas cosas.
¿Quién se atreverá a decir
palabras entre las rosas?
Calla para sonreír.

De Jalapa veré el mar,
siempre que la noche sea

clara como el despertar
de una idea
en un cantar.

De Jalapa veré el mar...

Noche, mar, en que te vea,
¿cómo la podré lograr?

CANCION DE LAS VOCES SERENAS

Se nos ha ido la tarde
en cantar una canción,
en perseguir una nube
y en deshojar una flor.

Se nos ha ido la noche
en decir una oración,
en hablar con una estrella
y en morir con una flor;

y se nos irá la aurora
en volver a esa canción,
y en perseguir esa nube,
y en deshojar esa flor;

y se nos irá la vida
sin sentir otro rumor
que el del agua de las horas
que se lleva el corazón...

LA PRIMAVERA DE LA ALDEA

La primavera de la aldea
bajó esta tarde a la ciudad,
con su cara de niña fea
y sus vestidos de percal.

Traía nidos en las manos
y le temblaba el corazón
como en los últimos manzanos
el trino del primer gorrión.

Tenía, como los duraznos,
de nieve y rosa hecha la piel,
y sobre el lomo de los asnos
llevaba su panal de miel.

A la ciudad, la primavera
trajo del campo un suave olor
en las tinas de la lechera
y las jarras del aguador...

INVITACION AL VIAJE

Por el caminito
de la tarde clara,
con las manos juntas,
vámonos, amada...

Con las manos juntas,
en la tarde clara,
vámonos al bosque
de la sien de plata.

Cogeremos rosas,
cortaremos ramas,
buscaremos nidos,
romperemos bayas...

Bajo los pinares,
junto a la cañada,
hay una agua limpia
que hace limpia el alma.

Bajaremos juntos,
juntos a mirarla
y a mirarnos juntos
en sus ondas claras...

Bajo el cielo de oro
hay en la montaña
una encina negra
que hace negra el alma:

Subiremos juntos
a tocar sus ramas
y oler el perfume
de sus mieles ásperas...

Otoño nos cita
con un son de flauta:
vámonos al bosque
de la sien de plata.

Besaré tu boca
con mi boca amarga:
¡vámonos cantando
por la tarde clara!

LIED

La mañana está de fiesta
porque me has besado tú,
y al contacto de tu boca
todo el cielo se hace azul.

El arroyo está cantando
porque me has mirado tú,
y en el sol de tu mirada
toda el agua se hace azul.

El pinar está de luto
porque me has dejado tú,
y la noche está llorando,
noche pálida y azul,

noche azul de fin de otoño
y de adiós de juventud,
¡noche en que murió la luna,
noche en que te fuiste tú!...

MUSICA OCULTA

Como el bosque tiene
tanta flor oculta,
parece olorosa
la luz de la luna.

Como el cielo tiene
tanta estrella oculta,
parece que mira
la noche de luna.

¡Como el alma tiene
su música oculta,
parece que el alma
llora con la luna!...

CANCION DEL TIEMPO INCONTENIBLE

Hay en mis versos de antaño
tan vivo sabor de hiel,
que el oírlos me hace daño:
¡la pena me ha sido infiel!

No obstante, si los releo,
hallo, entre su ramazón,
como el pico de un deseo
y el ala de una canción.

Su desencanto me lleva
súbitamente a dudar:
¡trocara yo esta alma nueva
por esa que vi llorar!

Y en la quietud de la hora
no sé cuál voz preferir:
¡siquiera un alma que llora
da la impresión de vivir!

IMAGENES

Bajo la paz sonora de los pinos
caminábamos juntos por la orilla del sueño
y la caricia de la luna
palidecía en tus cabellos.

¿Cómo pude jamás
presentir el secreto
de tus náufragos ojos infinitos
en la marea viva del silencio?

¿En qué jardín llevé junto a mi brazo
el fantasma de luna de tu cuerpo
y deshojé sobre tu boca
la rosa helada de mi beso?

¡Noche de dilección! Silencio. Pinos.
Claro de luna en el estanque incierto...
¡Y amor, férvido amor! Casi la vida,
casi la realidad y sólo un sueño.

¡O la gota de un día o el torrente de un siglo!
Bajo el puente del tiempo
¿cuántas ondas dejaron
un eco?

A través de las formas
que el alma viste en su ondular perpetuo,
algo perdura del pasado:
un rayo, un soplo, un verso,
una imagen del parque
donde aspiramos, en secreto,
la flor de nuestros trágicos destinos
bajo el augusto pino del silencio,
y la noche sin voz, y la agonía
de la luna en el éxtasis del estanque desierto...
El amor. El dolor. Casi la vida,
más que la realidad y sólo un sueño.

De LA CASA

1923

LA CASA

Hemos alzado el muro y hemos tendido el techo,
hemos abierto al claro del cielo las ventanas
y hemos regado flores sobre el umbral estrecho.
En una copa, brillan las primeras manzanas.

La casa está completa. Quisimos, al hacerla,
darle un sentido bello. Por eso está radiosa,
por eso un alma luce dentro de cada cosa
y cada piedra engarza el brillo de una perla.

Su lujo está en el ansia, que siempre ha de animarla,
de hacerse a cada huésped cordial y acogedora,
y si la oís que canta, pensad que está sonora
del canto que cantábamos los dos al levantarla.

Desde el umbral las rosas os dan la bienvenida.
¡Lo veis! La casa entera tiembla de amor profund
¡Si para hacerla amable la hicimos como el mundo
un vaso en que pudiera caber toda la vida!

Queremos que una tarde, cuando su puerta se abr
a vuestra voz de amigos, deseosa de acogeros,
el cielo esté cortando sus más puros luceros
y el alma ya no pueda ceñirse a la palabra.

Que entonces, en la dulce presión de nuestra mar
os envuelva el aroma del claro huerto amigo,
y que, al cerrar la puerta, dejéis en el postigo
la pesadumbre, el miedo de vuestro error humano.

EL NIÑO

La noche luminosa se enreda a sus manitas
como el hilo dorado de una bola de seda.
Así en manos del niño la eternidad se enreda
y Dios junta en un punto sus líneas infinitas.

LA HERMANA

La amada está dichosa de tener a su hermana
consigo en estos claros días de vacaciones...
Están hablando juntas, cerca de la ventana,
y el hilo de una estrella liga sus corazones.

La hermana todavía no cumple quince años.
Tiene unos ojos serios en una faz radiosa;
se detiene, sonríe, y parece una rosa
caída entre los rizos de sus bucles castaños.

Desde que está en la casa nos besamos a solas
por no agitar su ardiente mocedad ignorante,
y apenas se aproxima, se aquietan, al instante,
los besos como lirios que cierran las corolas.

Y, sin embargo, pienso que, al volver a la escuela,
cuando en las rubias tardes con que principia mayo
el polen del crepúsculo en la brisa que vuela
llene su pecho núbil de un lánguido desmayo,

al sentir, en la ola del viento sacudida,
la misma flor que un día oliera en nuestra casa,
hinchará una paloma su corpiño de gasa
y latirá más honda, en sus venas, la vida.

De LOS DIAS

1923

MEDIODÍA

Tener, al mediodía, abiertas las ventanas
del patio iluminado que mira al comedor.
Oler un olor tibio de sol y de manzanas.
Decir cosas sencillas: las que inspiren amor...

Beber un agua pura, y en el vaso profundo,
ver coincidir los ángulos de la estancia cordial.
Palpar, en un durazno, la redondez del mundo.
Saber que todo cambia y que todo es igual.

Sentirse, ¡al fin!, maduro, para ver, en las cosas,
nada más que las cosas: el pan, el sol, la miel...
Ser nada más el hombre que deshoja unas rosas,
y graba, con la uña, un nombre en el mantel...

ESTACIONES

Primavera.

Los días se van alargando.
Se quiere besar y soñar...
He visto, al volver, por la calle,
dos novios, del brazo, cruzar...

¡Qué fuego brillaba en sus ojos!
Amor... ¡No lo puedo olvidar!

Estío.

Es el sol en las barúas. Es el peso
del calor en la nuca... la mirada
sensual de las muchachas... y, en las calles,

detrás de las ventanas,
el grito de un fonógrafo imprevisto
que gime una canción napolitana...

Otoño.

¡Otoño! Se adelgaza
la brisa, entre los sauces,
y el alma es como un libro no leído
en las manos abiertas de la tarde...

Invierno.

En un cuadro sin marco, desvaído,
amarillenta ramazón...

Tiene el color que tendría el olvido
si hubiera tonos en el corazón.

SIEMPRE

Suenan las once de la noche.
Vuelvo a mi casa, como siempre,
y el novio fiel de mi vecina
está en la esquina, como siempre.

Abro la puerta. El mismo patio
y la misma casa de siempre.
A veces llueve... a veces, no...
pero el fastidio es el de siempre.

¡Oh! ¿Qué reloj pudiera, un día,
no sonar la hora de siempre?
¡Oh! ¿Qué dolor, qué amor podría
matar esta palabra: *"Siempre"*?

SABADO

Yo no he sentido nunca esta delicia
de las parejas pobres
que se paran a ver en los cristales
de los aparadores,
en las tardes del sábado, unas joyas
baratas y unas cuentas de colores...

Se aprietan uno al otro en un silencio
tan lleno de codicias interiores...
¡Forman, así, un conjunto tan sencillo,
tan natural, que se quisiera entonces
ser nada más un pobre
del brazo de otro pobre!...

DOMINGO

Fin de semana... Tarde. Víspera de domingo...
Nada, nada recuerda, en esta paz agreste,
el rumor de los días de la ciudad lejana.
Domingo: ¡un ala suave que nos toca la frente!

Entre el ocaso suena una campana fina.
Hora de avemarías y de gracias celestes.
Pasan ángeles tristes... Callan violas de oro...
Domingo: ¡un agua clara donde mojar la frente!

Amor, dolor, angustia de la vida que sigue...
Domingo: ¡un labio triste que nos besa en la frente!

PAZ

No nos diremos nada. Cerraremos las puertas.
Deshojaremos rosas sobre el lecho vacío
y besaré, en el hueco de tus manos abiertas,
la dulzura del mundo, que se va, como un río...

... 12 DE JUNIO

Amada, en estos versos que te escribo
quisiera que encontraras el color
de este pálido cielo pensativo
que estoy mirando, al recordar tu amor.

Que sintieras que ya julio se acerca,
—el oro está naciendo de la mies—,
y escucharas zumbar la mosca terca
que oigo volar en el calor del mes...

Y pensaras: "¡Qué año tan ardiente!",
"¡Cuánto sol en las bardas!"... y quizás,
que un suspiro cerrara blandamente
tus ojos... nada más... ¿Para qué más?

VOLUNTAD

Si yo pudiera acariciarte, oh fina
suavidad de la música del viento,
en las ramas profundas de la encina...
¡Oh, si tuviera tacto el pensamiento
para palpar la redondez del mundo,
el rumor de los cielos transparentes,
el pensar de las frentes
y el viaje del suspiro vagabundo!...

¡Si al corazón llegara
en su forma real, el infinito;
lo que fué llanto en la pupila clara,
saciedad en el grito;
si la verdad me hiriera
con su arista cruel, en tajo rudo;
si todo lo que viera
estuviera desnudo!

¿Qué palabra soberbia y rebosante
daría esa expresión apetecida?
¡Pensar que bastaría, así un instante
para borrar las formas de la vida!

DESEO SENCILLO

Quiero en mitad del monte nuestro rancho,
y en él, un río, y en el río, un vuelo
de garzas blancas y en su espejo un cielo,
un cielo limpio, luminoso y ancho.

Su huerto, rico... Y en tupida hamaca,
de un árbol recio columpiar la fronda
y ver la noche, así, negra y redonda,
girar como una jícara de laca...

CANTO...

Canto de los perfumes, en la noche,
canto de los olores de la tierra:
el de la tierra misma, mojada por la lluvia,
el del campo, el del viento, el de una espiga seca.

Canto de los perfumes,
música sin rumor de las ideas...
¡Dulzura! ¡Paz profunda de unas voces amadas!
Olor de un lirio negro... Llanto de un alma ciega.

De POEMAS

1924

LA FLECHA

Quiero doblar el arco de la vida
hasta que forme un círculo.
De mis manos saldrá, entonces, la flecha
de la existencia que persigo.

El aire, desgarrado por su vuelo,
irradiará, y el signo
de las constelaciones
palpitará en lo azul del infinito...

¡Ay, si pudiera el arco doblarse, sin romperse,
hasta formar un círculo!
¡Ay, si la flecha que lanzara el arco
llegara a su destino!...

AGOSTO

Va a llover... Lo ha dicho al césped
el canto fresco del río;
el viento lo ha dicho al bosque
y el bosque al viento y al río...

Va a llover... Crujen las ramas
y huele a sombra en los pinos...
Naufraga en verde el paisaje...
Pasan pájaros perdidos...

¡Qué solo te quedas tú,
pobre corazón sin nido!

EL LOCO

Me estaré cien años, me estaré mil años
cantándole a mi corazón;
arrullando en mis brazos fuertes
al niño de mi corazón.

Me estaré cien años, me estaré mil años
aunque digan a mi redor:
"Mirad el hombre aquél... Ha enloquecido...
Se sueña el padre de su corazón."

"Feliz no fué... no fué valiente...
Tampoco ha sido vencedor."
"Y, sin embargo, ¡cómo ríe
mientras llora su corazón!..."

NARANJAS

Naranjitas de China,
naranjitas doradas
que caían, maduras,
al corral de mi casa
de una casa vecina,
rodando, por las tapias...

Naranjitas de oro,
que trae, en su canasta,
una niña que viene
cantando desde el alba:
"Naranjitas de China,
¿no me compra naranjas?..."

¡Ay, cómo me recuerdan
el solar de mi casa,
con el color alegre
de sus hojitas agrias!

¡Cuántas cosas me dice
de mi vida lejana
esa niña que viene
vendiendo unas naranjas!

"Naranjitas de China,
¿no me compra naranjas?..."

Sol... provincia... canciones...
¡Esa niña que pasa
no comprende que, a gritos,
va vendiendo mi infancia!

COLUMPIO

Ultima tarde clara de septiembre.
Los graneros del día se derraman
al rechinante adiós de las carretas
y el cielo se ilumina en las campanas.

Los amantes de ayer, en el regreso
que de toda ventura hacen las almas,
ven el columpio que colgaron otros
pender dolidamente de las ramas.

¡Qué vuelo en el azul—liras de otoño—
ensayarías, jubilosa, amada,
si una mano sutil por los laureles
el columpio romántico empujara!

¡Y qué canción, arriba, en lo más alto
de los árboles finos, ya en la rama
que huele a cielo líquido de agosto,
qué canción brotaría en tu garganta!

Canción de fe, tornasolada y viva,
como en lo verde de la tarde clara
la entonación caliente de los mirtos
que la misma humedad vuelve morada...

Canción de arroyo que se trueca en río,
y, ya en el río, al presentir la playa,
canción de agua feliz que se reintegra
al ancho azul de las eternas aguas...

CABELLERA

¿En qué fuente clara
donde da la luna,
te bañaste para
tener tan fragante la melena bruna?

¡Un olor de frondas
mucho tiempo mudas
tiembla, entre las ondas
de tu cabellera, cuando te desnudas!

Y, suelta, derrama,
cayendo en el lecho,
un olor a grama
húmeda que hincha de ternura el pecho.

Tu melena es una
noche de verano;
un río con luna
que deja impregnada de lirios la mano.

¡Oyeme!... Te quiero
por tu olor a fuente cubierta de sombras.
¡Noche de aguacero!
¿No es así, adorada, como tú te nombras?...

RIO

¡Río en el amanecer!
¡Agua de tus ojos claros!
Caer—¡subir!—en lo azul
transparente... casi blanco.

Cielo en el río del alba
—mi amor en tus ojos vagos—
oh, naufragar
—¡ascender!—
¡siempre más hondo!

¡Más alto!

... Río en el amanecer...

MANOS FRIAS

¡Ay, qué manos tan frías,
tus manos en mis sienes!

¿En qué río las mojas
que me hielan la frente?

¿En qué lápida obscura las dejaste apoyadas,
que parece que vuelven de la muerte?

¿Cómo puedes, con ellas, ir tocando la vida
si en su blancura inerte
llevas siempre ese frío de aguas hondas
y este olor de cipreses?...

VERDES

Antes de la lluvia, verde
húmedo de la enramada;
verde plata de las hojas
y verde triste del alma.
Matices en el color:
música de las miradas.

¡Ah, quién me diera ese verde
que da luz a la esmeralda,
recogimiento a la fuente
y hondura leve a la playa!

¡Ah, quién me diera el color
capaz de teñirme el alma!...

CREPUSCULO

Amarillo cansado de la tarde,
más que color, suspiro,
más que suspiro, llanto,
más que llanto, silencio entre gemidos...

Amarillo de campo sin cosecha
—no de glorioso atardecer de trigos—,
amarillo de adiós en las ventanas...
Amarillo... Amarillo...

AZUL

Azul de primera tarde
de primavera... Lejano
azul, casi gris, que hace
de plata el silencio claro...

¿A qué ojos de mujer
te pareces, azul vago,
azul de país al que
se llega, un día, llorando?

¿A qué versos de otra edad
hueles? ¿A qué vivo ramo
cortado, al anochecer,
entre la luna del campo?...

EL PUENTE

¿Cómo se rompió, de pronto,
el puente que nos unía
al deseo por un lado
y por el otro a la dicha?

¿Y cómo—en mitad del puente
que a pedazos se caía—
tu alma rodó al torrente
y al cielo subió la mía?

PLAYA

Verde marinero
entre el olivar.
Pintó el aguacero
con un verde fresco las velas y el mar.

Y en el oro claro de aquel limonero,
—ácida—la tierra
en hojitas verdes se ha puesto a brotar...

RUPTURA

Nos hemos bruscamente desprendido
y nos hemos quedado
con las manos vacías, como si una guirnalda
se nos hubiese ido de las manos;
con los ojos al suelo,
como viendo un cristal hecho pedazos:
el cristal de la copa en que bebimos
un vino tierno y pálido...

Como si nos hubiéramos perdido,
nuestros brazos
se buscan en la sombra... ¡Sin embargo,
ya no nos encontramos!

En la alcoba profunda
podríamos andar meses y años,
en pos uno del otro,
sin hallarnos...

OTOÑO

Bajo la mies cortada camina el carro lento
de la hacienda, y hundidos hasta el tobillo en ella,
los muchachos del pueblo ven la primera estrella
nacer en el crepúsculo, como un presentimiento.

En todas las ventanas asoma una doncella
a presenciar su paso... Va aquietándose el viento
y la tarde se ahonda, melancólica y bella.
¡Otoño! Un oro dulce que dora el pensamiento.

De codos en la hierba, un muchacho levanta
una canción... En ella no se sabe si canta
el placer o la angustia, la alegría o la muerte;

pero viene a los ojos una lágrima ignota,
y la vida se queda como trémula y rota
con un racimo pálido entre su mano inerte.

LA COLMENA

Colmena de la tarde, diálogo en el vergel:
la palabra es abeja, pero el silencio es miel.

De BIOMBO

1925

BIOMBO

La noche de verano alarga
—sobre el biombo del cielo—
su cuello de garza,
y pesca, en el arroyo del silencio,
la concha de la luna sonrosada...

Te acercas más a mí. Te cubre entera,
con su quimono de seda estrellada,
la noche de los cuentos orientales.

En tus ojos, la sombra se levanta
como el vaho del opio, en lenta espira,
mientras la piel bañada
de tu cuerpo de lirio y de ciruela,
al aire del crepúsculo derrama
el fresco aroma de un campo de arroz
coronado de grullas y de garzas.

Como una rama de bambú
son quebradizas tus palabras.
Y como tus cabellos lacios
es el artificio de tu sencillez refinada.

Tus besos saben a té recién hecho,
bebido en dedales de porcelana,
y tienes en quietud, en línea, en gesto,
la elegancia
de esos salones cuyo mobiliario
lo forman una rama
de crisantemos blancos, en el vaso del aire,
un jarrón de amapolas deshojadas
y ese pañuelo de seda azul
que la tarde, después de la lluvia,
pone a secar en las ventanas...

LLUEVE

Vas a llorar pronto.
Ya el cielo se hace
chiquito en tus ojos.

CANTAR

De oro la arena.
De esmeralda el mar.
La tarde ha tendido
la red de la lluvia a secar.

El silencio suena
bajo el platanar.
El estío esparce ruidos de colmena.
La miel del olvido
quisieran las horas labrar.

Yo tuve una pena.
Fué sólo una vela sombría en el mar.
Y pasó la barca... Pero el duelo ha sido
breve en regresar.

Con la luna llena,
corazón, barquero, saliste a pescar...
Regresas vencido:
tus redes cayeron al fondo del mar.

Se aquieta la tarde... Serena
la brisa el palmar.
Se oye al olvido
hilar y cantar:

Yo tuve una pena.
Yo tuve una barca de lágrimas llena,
que, un día de agosto, se hizo a la mar...

CALOR

El pulso del reloj
decreció con la fiebre del verano.

Brilla tanto el paisaje, que parece
haber sido bordado
con un hilo de seda tornasol
en un gran bastidor de raso claro.

Sobre la barda gris
la siesta se corona de duraznos.

¡Hace tanto calor!
Si respiráramos,
el cristal de la brisa,
se empañaría, trémulo, de vaho.

Una paloma bebe
la inmensidad del cielo en el agua de un charco.

¡Hace tanto calor!
Los lirios blancos,
en camisa de tennis, con el cuello desnudo,
asoman su pereza a los cercados.

Ni una voz, ni una sombra en la avenida.

Anda el silencio con los pies descalzos.

El reloj
sigue contando el pulso del verano.

SOLEDADES

Quería, en la misma flor:
de la de ayer, el aroma;
de la de hoy, el color...

Criterio de mariposa.
Al alma, por los sentidos;
por el perfume, a la rosa.

¿Cómo podía expresar
con la palabra ¡tan lenta!
el corazón, tan fugaz?

Venía por los cerezos.
Sus labios entre las hojas,
¿pedían frutas o besos?

Amaba el agua en la fuente.
Pero más en el arroyo.
Pero más en el torrente.

No sabía distinguir
entre pensar y cantar,
entre hablar y sonreír...

Su manera de ser rubia:
la de una tarde con sol
que se peinara en la lluvia.

Pude cortar, en sazón,
el racimo de sus viñas,
¡y no el de su corazón!

LA SOMBRA

Sol de otoño en las bardas del sendero,
¿por qué alargas mi sombra
del lado en que principian
a amarillear las rosas?

Y tú, luna de invierno,
si voy a media noche por la costa,
¿por qué me echas al mar y me destrozas
en los espejos de las olas rotas?

En vano en lo más alto de las rocas
detengo el paso. En vano alzo la frente
adivinando la secreta aurora...

¡Ay, que si más mi cuerpo se levanta,
más mi sombra se ahoga!

MIES

¡Qué crecida está la mies
entre la noche morena!
¡Tan crecida!... ¡Tan azul!...
¡Casi no toca a la tierra!

El que la fuera a segar,
en vez de coger espigas
podría cortar estrellas...

Las traería al pajar.
Por las rendijas abiertas
la luna haría brillar
el collar de las luciérnagas.

Se acostaría un pastor
en las estrellitas frescas.
El sueño que allí soñara
sería como de niebla.
Los ojos le dejaría
llenos de un alma doncella:
profundos, claros, azules
como los ojos del mar
en la madrugada tierna...

HOJA DE CEREZO

Cuando sonríes, el color
de tus pupilas se parece
al de las uvas con el sol,
y tus vestidos son tan tenues
como la brisa transparente
de los jardines en que amó
a Brazalete-Azul-de-Jade
el emperador,
por quien los lagos se cubrían
con nelumbos de plata en flor.

Canta el recuerdo entre las hojas
y los cerezos de tu voz.
De los duraznos del crepúsculo
tienes el vello y el rubor,

y como el nombre que en el agua
la mano escribe, así el dolor
no deja huella en la tersura
de tu corazón.

Deberías mudar de nombre
según la hora y la estación,
y ser, a veces, Flor-de-Almendro;
a veces, Rama-de-Alcanfor,
Luna-de-Oro-en-los-Naranjos,
Luna-de-Plata-en-el-Balcón,
porque cambias como la seda
en una bata tornasol,
y ambigua, leve, refinada,
vives apenas lo bastante
para poder morir de amor.

DESPERTAR

Encendí, esta mañana,
más temprano que nunca,
la lámpara del alba
sobre tu lecho,
y puse el alma, obscura, de pantalla...

Como las guías mustias
de una guirnalda,
caían de tus hombros de novicia
los brazos, sin color, sobre las sábanas.

En la boca, marchita por la fiebre,
una tonalidad malva
substituía el rojo de los besos
con las violetas de la madrugada.

Estabas muerta. Pero no sentí
en tu actitud, en tu silencio, nada
que no indujera a recordar la onda
de una hermosa guirnalda deshojada.
La tristeza de ser
te había abandonado entre las blancas
cortinas entreabiertas de la aurora.

Andabas, libre de tu corazón,
por las colinas trémulas del alba.

¡Cuánto hubiera querido
no remover el agua
de tu sueño
con el rumor de una palabra humana!

¡Y qué no hubiera dado
por mirar en su fondo, al fin trenzada
al tallo de tu cuerpo,
la yedra melodiosa de mi alma!

SINCERIDAD

Duerme ya, desnuda.
El sueño te viste
mejor que una túnica.

PATZCUARO

La sombra de las cuatro de la tarde
se ha dormido a los pies
de los árboles.

Una sombra profunda,
rica,
viva,
que hace parecer
más pálido, más frío en los cercados
el sol amarillento de las seis.

¡Pátzcuaro!... ¿De qué jícara de laca
has hecho el cielo de tu atardecer?

Vamos por la avenida de los álamos.
El creciente delgado de la luna
está segando al sol su última mies.

La niebla es el silencio del paisaje.

¡Pátzcuaro!... ¿Con la niebla de qué estanque
has hecho el sueño de tu atardecer?

Una ventana abierta
improvisa una estancia en la blancura
de la fachada del hotel.

La alcoba bastaría
para vivir. Para morir, también.
En el fondo, una lámpara, una imagen.
En la calle, la sombra de un ciprés.

¡Pátzcuaro!... ¿Adormecido en los cristales
de qué ojos lejanos te soñé
que, a través del matiz de tu recuerdo,
siento que otro mirar te ve también?

¡Un opaco mirar hecho de lluvia
como el color mojado de tus cielos
entre el verdor sombrío de un ciprés!

MUSICA

Amanecía tu voz
tan perezosa, tan blanda,
como si el día anterior
hubiera
llovido sobre tu alma...

Era, primero, un temblor
confuso del corazón,
una duda de poner
sobre los hielos del agua
el pie
desnudo de la palabra.

Después,
iba quedando la flor
de la emoción, enredada
a los hilos de tu voz

con esos garfios de escarcha
que el sol
desfleca en cintillos de agua.

Y se apagaba y se iba
poniendo blanca,
hasta dejar traslucir,
como la luna del alba,
la luz
tierna de la madrugada.

Y se apagaba y se iba
¡ay! haciendo tan delgada
como la espuma de plata
de la playa,
como la espuma de plata
que deja ver, en la arena,
la forma de una pisada.

VERANO

Corrí
las persianas azules de la siesta
sobre el oasis del jardín.

En la colmena del reloj
se adormeció el enjambre de las horas.
Olía a trigo de septiembre el sol.

El verano adhería a los espejos
las burbujas del aire, y el azul
de la sombra regaba de uvas sueltas
el mantel engomado de la luz.

Afuera, el ruido fresco
de la fuente mojaba
la arena del silencio
y el canto sin color de las cigarras.

Como una copa demasiado llena
el corazón se derramó del cuerpo.

Sentí
en el pecho un gran hueco feliz.

El musgo caminaba entre las losas.

Una paloma del jardín
se puso a picotear el tiempo
en el oro granado del maíz.

ARBOLES

Para pintar en un biombo.

Naranjos.

A la parroquia
van los naranjos...
¿Van a tus bodas?

Palmeras.

Con plumeros de esmeralda
querían limpiar de nubes
el cielo de la mañana.

Pinos.

El viento que hilaba el sol
en el huso de los pinos
vestía mi corazón.

Ciprés.

El muerto quería ver
a su novia ¡tan lejana!
Por eso creció el ciprés.

Araucaria.

Leímos su nombre un día
en una novela. Debe
oler a melancolía.

RIO ABAJO

Sin saber adónde voy
—escalera del recuerdo—
voy bajando por la orilla
borrosa de los adelfos,

río abajo, río abajo,
hasta donde el agua viva
se ha hecho memoria pura,
sensación de formas líquidas,

recuerdo del arrayán
que, en una tarde sombría,
puso un reflejo en sus ondas
y una raíz en mi vida.

LA DOBLE

Era de noche tan rubia
como de día morena.

Cambiaba, a cada momento
de color y de tristeza,
y en jugar a los reflejos
se le iba la existencia,
como al niño que, en el mar,
quiere pescar una estrella
y no la puede tocar
porque su mano la quiebra.

De noche, cuando cantaba,
olía su cabellera
a luz, como un despertar
de pájaros en la selva;
y si cantaba en el sol

se hacía su voz tan lenta,
tan íntima, tan opaca,
que apenas iluminaba
el sitio que, entre la hierba,
alumbra al amanecer
el brillo de una luciérnaga.
¡Era de noche tan rubia
y de día tan morena!

Suspiraba sin razón
en lo mejor de las fiestas,
y puesta frente a la dicha,
se equivocaba de puerta.
No se atrevía a escoger
entre el oro de la mies
y el oro de la hoja seca,
y—tal vez por eso—no
supe jamás entenderla,
porque de noche era rubia
y de mañana morena...

FUENTE

Te acercas al espejo
del lago que la herrumbre del nuevo otoño oxida.

Curvo alfanje, la luna
te degüella en el agua en que te miras,
y se queda tu imagen
flotando, naufragando... desprendida
cada vez más de ti,
calcomanía que la lluvia
despegó a los cristales de la brisa.

¡Ay, cómo palideces al oír
brotar el surtidor que te desangra,
mujer guillotinada, en la piscina!

Apenas si la onda que se trenza
con el ala del viento, te añade una sonrisa.

A través de tus ojos,
la noche de noviembre está pasando
como un río de estrellas cristalinas.

LA HORA

Cogí la uva de tu amor, tan tierna,
que anticipé el verano a los racimos.
Por su dulzura prematura
perdió un rubí de otoño nuestro vino.

¡Hilaste mis canciones
tan de mañana, viento, en el molino!
El poniente llegó... No conservaba
un cabello de música el ovillo.

Tan temprano llevé
mi barca a tus riberas, que los lirios
de la espuma, la noche los halló
pendientes de los remos y marchitos...

¡Difícil ciencia de esperar! ¡Ventura
de la hoz que se atreve al amarillo
contacto de la espesa mies rizada
y da en la dura perfección del trigo!

¡Sabiduría de decir a tiempo
la canción, y con tino!
¡Ni antes ni después, en el minuto
en que la mano irregular del viento
da una vuelta completa
a las aspas iguales del molino!

MAR

Te he venido siguiendo, Mar de Otoño,
entre las hojas móviles del tiempo,
como se sigue un pensamiento hermoso.

¡Qué azul estabas en la madrugada!

Te vi saltar, desnudo, sobre el lomo
de los caballos vivos de la espuma.

Un látigo de luz cegó sus ojos.

Con rienda de zafiros los guiabas
hacia el ronco archipiélago sonoro.

Y luego, Mar, en esa arena tibia
en que el pie de la tarde
olvidó una sandalia de ceniza,
el pueblo de las barcas pescadoras
dormido entre los mástiles del día.

Mar de ojos delgados
como el filo del alba entre la niebla,
remendando las redes de la lluvia
te sorprendió la tarde, el volver de la pesca.

Y ahora estás, fondeado, en la bahía.
Te alumbra,
interminente faro, la marea
profunda de la música nocturna,
y como un ancla al puerto de lo eterno
has echado el creciente de la luna.

De lo alto del cielo,
con un cansancio de alas que se posan,
caen las velas húmedas del viento.

Vieja nave del mar, anclada al mundo,
la tierra te protege
y te arrullan las voces de la orilla.
Esta noche, por fin, duerme seguro...
¡Ya zarparás mañana con el día!

EL VIENTO

Aúlla, viento, aúlla.
Miedo mayor el de la pena muda.

Que tus manos sacudan
los troncos de los árboles, y crujan
lo mismo el tallo esbelto de que se hacen las [flautas
para mecer la cuna
y el pino que señala el sitio de las tumbas.

Incendiarás los campos. Del fuego que devore
la mies de los graneros, sembrarás la llanura.

Como salvaje toro vendrá la noche al río
y verá, en el espejo de las corrientes turbias,
quemados por el fuego los cuernos de la luna.

Aúlla, viento, aúlla.
Mayor dolor el de la pena muda.

Se romperán los diques. El agua en que se azula el tallo de los lirios hará estallar las grutas.

Pastor de cataratas,
llevarás al abismo rebaños de la espuma.

Y más alto que el ala que más subiera un día subirán los niveles delgados de la lluvia.

Aúlla, viento, aúlla.
Pena mayor la de la pena muda.

ECO

¿Cómo pude arrancar,
con qué mano sin alma al árbol seco
en que la vida endureció sus savias
los tímidos renuevos de lo eterno?

Cambié
por un collar de frágiles palabras
un ánfora colmada de silencio.

¡Ay! ¿Por qué te maté dentro de mí,
Eternidad? Llevé tu cauce lento
a despeñarse en una
catarata de músicas vulgares
para mover las fábricas del eco...

Te dividí en minutos.
Rompí la adusta integridad del tiempo,
en cuyo ancho caudal, solemne, bogas.
Tuve miedo de ti, como de un vuelo.

Nada quedó después.
He roto, Vida, tu árbol más perfecto
para tejer guirnaldas con las hojas
y coger, en sus redes, los pájaros del viento.

Ahora miro el hueco que dejó
tu raíz en el suelo.

¡Y cada fibra rota
resucita sensible, dolorosa,
en las fibras desnudas de mis nervios!

FINAL

Vuelvo de andar a solas por la orilla de un río.
Estoy lleno de músicas, como un árbol al viento.
He dejado correr mi pensamiento
viendo en el agua el paso de una nube de estío...

Traigo tejido al alma el olor de una rosa.
En lo blando del césped puse, al andar, mi huella...
He vivido, ¡he vivido!... Y voy, como la estrella,
a perderme en el mar de un alba silenciosa.

INDICE

	Páginas.
AMBICION	9
De NUEVAS CANCIONES	11
En Jalapa	13
Canción de las voces serenas	15
La primavera de la aldea	17
Invitación al viaje	19
Lied	23
Música oculta	25
Canción del tiempo incontenible	27
Imágenes	29
De LA CASA	31
La casa	33
El niño	35
La hermana	37
De LOS DIAS	39
Mediodía	41
Estaciones	43
Siempre	45
Sábado	47
Domingo	49
Paz	51
... 12 de junio	53
Voluntad	55
Deseo sencillo	57
Canto	59
De POEMAS	61
La flecha	63
Agosto	65
El loco	67

Páginas.

Naranjas..... 69
Columpio..... 71
Cabellera..... 73
Río..... 75
Manos frías..... 77
Verdes..... 79
Crepúsculo..... 81
Azul..... 83
El puente..... 85
Playa..... 87
Ruptura..... 89
Otoño..... 91
La colmena..... 93
De BIOMBO..... 95
Biombo..... 97
Llueve..... 99
Cantar..... 101
Calor..... 103
Soledades..... 105
La sombra..... 107
Mies..... 109
Hoja de cerezo..... 111
Despertar..... 113
Sinceridad..... 115
Pátzcuaro..... 117
Música..... 119
Verano..... 121
Arboles para pintar en un biombo..... 123
Río abajo..... 125
La doble..... 127
Fuente..... 129
La hora..... 131
Mar..... 133
El viento..... 135
Eco..... 137
Final..... 139

3 0 3 0

861.6 T693 1926

a39001 00811257866

72330